



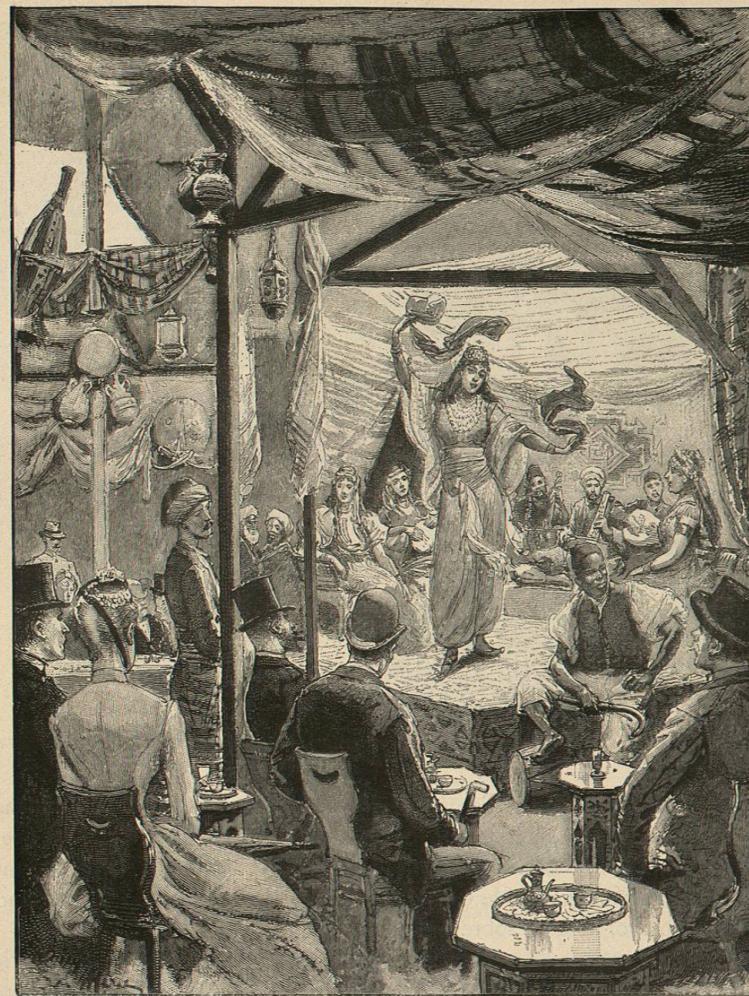
Interior del Pabellón imperial

bordo de un paquebote español y me he dormido; después un vago ruido, precursor de la marcha, como llevar anclas y patear sobre cubierta, me ha despertado del primer sueño... ó del segundo.

»El paquebote estaba en marcha y yo seguía dormitando — ¿Cómo ya de día? ¿Ya hemos llegado? ¿Adónde? El barco se balancea en el fondeadero, enfrente de una ciudad blanca, envuelta en la bruma y adormecida aun entre el encaje de sus murallas sobre una verde colina. Un *casbah* allá arriba, en un ángulo. El rótulo de un hotel á la europea con sus duros caracteres; dos palmeras que oscilan á la brisa cerca de un marabut blanco y redondo como un seno de virgen; una playa de arena que invade los huertos; tres cañones en la puerta de la marina; marineros que aullan en la barca inmediata... ¡Estamos en África! ¿Es Susa, la blanca tunecina? pregunto frotándome los ojos. No, es la otra costa de la Argelia, Marruecos, Tánger. ¡Ah! sí, Tánger.

»Pero ¿dónde y cómo desembarcar? La barca que nos conduce toca el fondo y la ola que nos moja se extiende y dilata por la playa. Riendo, bailando, con el agua hasta la cintura, vienen al fin los árabes á cargarnos sobre sus hombros. Yo me dejo llevar por un negro gigantesco, que se ríe grandemente á la vez que retiene entre los dientes un paño de su *gandurah* y un puñal en su vaina de metal blanco cincelado.

»Ya estamos en tierra. ¡Oh, sí! todo es *kif kif* en el país de Allah: el puñal, el caballo trabado, el polvo de despojos de pescado, la entrada de la ciudad. *Kif kif*, los perros famélicos de las calles, el judío madrugador que va encorvado é inquieto, el viejo musul-



El café marroquí: la danza de los pañuelos

mán de turbante verde, de vuelta de la Meca y cuya mala mirada se escapa á la sombra de sus cejas blancas; la vieja que sigue al borrico cargado de legumbres y se limpia los ojos atacados de oftalmia; el chicuelo que juega inocentemente en medio de la calle pero acurrucado según las prescripciones del Corán. *Kif kif*, el horno de *hammam* que se caldea con hierbas, el barbero que rasura la bronceada cabeza de un moro y limpia la navaja en una toalla manchada de alheña, el europeo moreno de duras facciones y cabellos crespos, maltés, provenzal, italiano ó español que abre su despacho de licores. Por aquí y por allá, una voz, un brazo de mujer sacudiendo un cinturón á una estrecha ventana. Por todas partes callejuelas, que suben y se angostan y estrangulan en callejón sin salida.

»Todavía *kif kif* el judío joyero que me saluda con el buen día *Musú* y me invita á comprarle el tradicional collar de viejos cequites adornado por mano de Fátima; el obeso



Angulo del bazar marroquí

israelita que me ofrece tapices de Tetuán; el flaco arcabucero musulmán examinando con la vista el viejo *mukola*, de culata incrustada de plata, ligado con cordones que acaso pueda reparar, pero que no sabría ya fabricar otro igual; *kif kif* el sobrio mercader de botijos, felpudos y otros géneros de esparto: lo mismo el vago olor de jabón, amoníaco, cuero, tabaco en polvo, flotante sobre todo.

»He pasado estas callejuelas, triste y febril europeo, sufriendo en peso la lluvia, que caía inoportunamente, y al mismo tiempo decía para mí: El musulmán es sabio, pues se ha dicho: La mujer ha nacido para engendrar creyentes, para tejer lentamente el blando tapiz y confeccionar para mí solo uso los ligeros *ganduraks*; los corderos son para asados y comidos con el alcuzcuz reparador de las fuerzas; el judío para ocuparse de los negocios y de los cálculos; el camello para trasportar los dátiles y perfumes á lugares lejanos; la boricua para traer del huerto los higos y las sandías; el austriaco para fabricar feces; Lyon y París para difundir á lo lejos la antigua gloria musulmana de los tapices, de las pipas, de las babuchas, de las sillas de montar, cuyo diseño y forma prescribieron los antiguos; yo para saborear mi café, hacer mis abluciones, reflexionar muy bien tendido en mi hamaca, para honra y gloria del grande y poderoso Allah, cuyo nombre sea bendecido, y permitir también al rumí, mientras llega la hora de la guerra santa, afanarse, trabajar para traernos sus economías, útiles á veces á nuestros grandes jefes, y sus péndulos, agradables á veces á nuestras mujeres, caprichosas como la gacela de las llanuras sin fin.»

P. ARENE.



Sala de las hornillas económicas

## LA SOCIEDAD FILANTRÓPICA

EN LA EXPLANADA

En medio de la Exposición de Economía social, entre los suntuosos pabellones de imitación de piedra y mármol, de la Asistencia pública y de las Sociedades de ahorro y previsión, hay un pabellón más modesto, de madera recortada, pintado de blanco, con un gran espacio circuido de zarcos verdes. Una numerosa afluencia se apiña á la puerta, tan pequeña que apenas podrían pasar dos de frente, oyéndose dentro continuo ruido de vajilla acompañado de un perpetuo olor á cocina.

Entremos, pues. Oyese desde fuera el interminable rumor de los pasos de los visitantes, y esta casita de madera recuerda un tanto las cantinas de tablas improvisadas al rededor de los campamentos. Pero hay un anuncio en la fachada, que dice *Sociedad Filantrópica*, y un poco más allá, por encima de la portezuela en que se estrujan los entrantes y salientes, este otro rótulo: *Hornillas económicas*.

Se cree generalmente que los establecimientos benéficos son de institución moderna y se siente uno siempre inclinado á atribuir fechas recientes á las fundaciones humanitarias. La beneficencia, según ciertas preocupaciones, no existía hasta después del socialismo, ni el socialismo mismo existía hasta hace unos cincuenta años.